

FUTBOL Y CLASES MEDIAS EN MÉXICO:  
EN BUSCA DEL AFICIONADO IDEAL

*Soccer and middle class in Mexico: in search of the ideal fan*

Veremundo Carrillo Reveles\*

ORCID: 0000-0001-7279-6966

Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México

**RESUMEN:** El artículo analiza la definición, a través de la prensa, de un tipo de una afición ideal para el fútbol en México, en el contexto de la creación de la primera liga profesional en la década de 1940. Se propone que los atributos deseables para el aficionado del balompié correspondieron a valores identificados como propios de un imaginario social sobre las clases medias. Este sector amplió su presencia en la sociedad mexicana, a consecuencia del acelerado proceso de industrialización y de urbanización que se vivió en México durante esos años.

**PALABRAS CLAVE:** Fútbol, afición, clase media, industrialización, entretenimiento.

**ABSTRACT:** The article analyzes, through the press, the ideal definition of the Mexican soccer fans, in the context of the creation of the first professional league in the 1940s. It is proposed that the desirable attributes corresponded to values identified as belonging to the middle classes' imaginary. This sector expanded its presence in Mexican society, as a result of the process of industrialization and urbanization that was experienced during those years.

**KEYWORDS:** Soccer, soccer fandom, middle classes, industrialization, entertainment.

Fecha de recepción:  
26 de marzo de 2019

Fecha de aceptación:  
29 de julio de 2019

\* Doctor en Historia por El Colegio de México. Su área de especialidad es la historia internacional. Cuenta con estudios de posgrado por la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, España y es licenciado en Historia por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Actualmente es investigador y subdirector de área en el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM).

Contacto: [veremundo.carrillo@cultura.gob.mx](mailto:veremundo.carrillo@cultura.gob.mx)

*El deporte es una escuela de ciudadanía,  
no un criadero de léperos.*

*La Prensa, 24 de febrero de 1944*

A finales de febrero de 1944, la Liga Mayor de fútbol profesional registró uno de los encuentros más intensos de su primer año de vida. El popular Atlante, encabezado por Horacio Casarín, enfrenta al “aristocrático” Club España, liderado por el goleador peninsular Isidro Lángara. Frente a frente están dos escuadras con una añeja rivalidad, cultivada en la etapa del amateurismo y con aficiones sumamente entregadas en la capital del país. El partido, además, se da en un momento decisivo del campeonato: el España ocupa los primeros sitios de la tabla de posiciones y se perfila hacia el título, al pasar, jornada tras jornada, como una aplanadora sobre sus rivales. Su imbatibilidad, sin embargo, palidece frente al Atlante. En la primera vuelta del torneo los atlantistas —conocidos como los “morenos”— propinaron una dolorosa derrota a los ibéricos.

Durante los días previos, el juego acapara la atención de las secciones deportivas de los diarios. Más allá de las acciones en la cancha, hay un interés particular por lo que se vivirá en las tribunas del Parque Asturias, que se vaticina estarán a reventar. Una serie de incidentes en partidos previos sientan un mal antecedente, de ahí que reporteros y columnistas de varios periódicos abran una discusión, al considerar que el Atlante-España es la oportunidad perfecta para atacar, lo que consideran, viejos vicios del amateurismo. Por una parte, advierten que las autoridades deben tomar precauciones y medidas suficientes para garantizar la seguridad del espectáculo. Por la otra, hacen un llamado al público para que tenga un comportamiento ejemplar. El emergente balompié profesional, recalcan los medios, requiere de una afición que encarne el ideal de ciudadanía de un nuevo México, de perfil cada vez más urbano e industrial.

El presente texto tiene por objetivo general trazar líneas para analizar al deporte profesional como objeto de consumo y como referente para la definición de códigos de conducta social. Los sucesos en torno al encuentro España-Atlante, que como veremos tuvieron un desenlace trágico, son un pretexto para reflexionar sobre el rol del fútbol-espectáculo, y de las actividades de ocio en general, en una sociedad que experimentó un proceso de transformación profunda en la década de 1940, como consecuencia de una acelerada industrialización, la concentración vertiginosa de población en zonas urbanas, un incipiente desarrollo del mercado interno y la diversificación de las actividades económicas.

Aunque la popularidad del balompié fue en ascenso constante desde su aparición a finales del siglo XIX,<sup>1</sup> la creación de un campeonato nacional

<sup>1</sup> Así lo advierte, por ejemplo, Pérez, “Circo”, 2003, pp. 65-66. El estudio clásico sobre la presencia del deporte en el porfiriato, incluido el fútbol es Beezley, *Judas*, 2010.

de carácter profesional marcó un antes y un después, precisamente por ese contexto. El “deber ser” del espectador del fútbol profesional estuvo vinculado al ascenso y ampliación de grupos sociales identificados como parte de las “clases medias” en varias urbes del país. Mientras que los primeros practicantes del balompié a finales del siglo XIX y principios del XX pertenecían, mayoritariamente, a las elites, en el apogeo del amateurismo —en las décadas de 1920 y 1930— los sectores populares se apropiaron del fútbol en todas sus dimensiones: como gestores, como practicantes y como espectadores. El profesionalismo consumó un proceso que se venía gestando de manera informal: hizo del balompié un negocio sumamente competitivo frente a otros espectáculos. Al igual que en buena parte de América Latina, la administración de ligas y clubes profesionales recayó en personajes y grupos vinculados con el poder económico y el poder político; fue un reposicionamiento de las elites que, como señala Pablo Alabarces, se hicieron cargo “de aquello que los ‘pobres no podían hacer: dirigir’”.<sup>2</sup>

Jugadores y público siguieron emanando principalmente de sectores populares, sin embargo, con la profesionalidad vinieron los intentos por imponerles nuevos códigos de conducta: a los futbolistas en su carácter de ídolos y referentes colectivos; a los aficionados como partícipes de una actividad en la que debía prevalecer la calidad del espectáculo en la cancha. No es que en la etapa amateur no se hubiera debatido sobre el “deber ser”, sino que el nuevo contexto marcó un rumbo distinto para el sentido de esas discusiones. Los atributos exigidos a aficionados y futbolistas fueron coincidentes con un imaginario sobre las cualidades morales que debían caracterizar a las clases medias mexicanas, para distinguirse del resto de la masa social, es decir, esta definición no solo dependió de referentes como el ingreso o la actividad económica, sino de concepciones sobre el comportamiento ideal en espacios como el señalado. El caso del fútbol-espectáculo es bastante particular, al tratarse de una práctica con amplio alcance social.

El texto se nutre primordialmente del discurso periodístico. Aunque se considera que la prensa fue

una caja de resonancia del imaginario social, debe reconocerse una limitante de las fuentes: no es posible saber con certeza si aquellos grupos e individuos a los que se consideraba como parte de las clases medias se reconocían como tales, ni si compartían los valores que se les atribuían o demandaban. Es decir, no es un trabajo como tal sobre la identidad de clase media, sino sobre las ideas acerca de ella. Asimismo, aunque se intenta brindar un panorama nacional, el foco de atención es la Ciudad de México, al ser el centro urbano que experimentó con mayor intensidad la transformación que hemos señalado.

El artículo está organizado en cuatro apartados. En el primero se ofrece un panorama general y muy esquemático sobre el contexto en el que surge y se consolida el balompié profesional, asociando a la aparición de un potencial mercado de consumidores. En el segundo se analiza la relación entre las emergentes clases medias, los espacios de entretenimiento y las campañas de moralización. El tercero examina los discursos de la prensa sobre la construcción de una “afición ideal”, que encarnara precisamente los valores de un grupo social en ascenso: la clase media. Finalmente, en el cuarto se estudian los sucesos en torno al partido Atlante-España; más allá de la cuestión anecdótica se propone que la represión que se vivió esa noche brinda una mirada para reflexionar sobre los límites del control que se podía ejercer, desde el Estado, en torno a una actividad de ocio, que se fue orientando para el consumo de los sectores medios.

#### EL FÚTBOL, ESPECTÁCULO EN EL CONTEXTO DE LOS AÑOS CUARENTA

Al igual que otros deportes, como el beisbol, el box y el atletismo, el balompié comenzó a practicarse durante el porfiriato y se popularizó tras la Revolución Mexicana, a consecuencia de lo que Miguel Esparza ha identificado como un fenómeno de mexicanización, es decir, la configuración de una comunidad deportiva nacional, que se involucró, y en muchos casos asumió completamente, la dirección de clubes, ligas y torneos, que hasta antes del estallido revolucionario eran encabezados y gestionados, primordialmente, por inmigrantes extranjeros, en colaboración con algunos actores

<sup>2</sup> Alabarces, *Historia*, 2018, p. 172.

locales.<sup>3</sup> En el caso del fútbol, la “mexicanización” significó la masificación de la práctica y la afición de este deporte, pero no la exclusión de extranjeros. Por el contrario, como ha señalado Efraín Navarro, la popularidad del balompié capitalino estuvo marcada entre 1920 y 1950 por la rivalidad entre clubes como el Necaxa, el Atlante y el América y los asociados a la colonia española: el Asturias y el España.<sup>4</sup>

El auge de las actividades deportivas durante la primera mitad del siglo xx se vinculó, invariablemente, al crecimiento de la población urbana y a una mayor demanda de espectáculos y actividades de ocio, gracias al incremento del tiempo libre que trajo consigo la nueva legislación laboral y la mecanización de ciertos ramos de la producción. Este proceso, que como advirtieron Elías y Dunning en su estudio clásico sobre deporte, se reprodujo en distintas urbes alrededor del mundo,<sup>5</sup> en México no fue exclusivo de la capital. En lo que corresponde al balompié, ciudades como Guadalajara, Puebla o Veracruz desarrollaron importantes ligas amateur, no solo en sus categorías libres —para adultos— sino también a nivel infantil y juvenil.<sup>6</sup>

Durante la década de 1940, el país experimentó una transformación profunda, que tuvo entre sus consecuencias indirectas el crecimiento exponencial en la oferta y el consumo de actividades de ocio. México pasó de ser una nación predominantemente rural a otra de perfil urbano, toda vez que la Segunda Guerra Mundial brindó un impulso definitivo al proceso de industrialización que inició en los años treinta. Favorecido por la vecindad con Estados Unidos, México fue uno de los países latinoamericanos con mayor crecimiento económico, lo que incidió en un cambio demográfico.<sup>7</sup>

La población no solo aumentó de manera importante —de 16.5 millones de habitantes que se contabilizaron en 1930, pasó a 25 millones en 1950—, sino que además se redistribuyó de manera distinta, al migrar masivamente del campo a las ciudades. Mientras que, al iniciar la década de 1930, cinco millones y medio de mexicanos vivían en poblaciones urbanas, al finalizar los años cuarenta la cifra rondaba los once millones. Al darse la primera patada del torneo de fútbol profesional de 1943, cuatro de cada diez habitantes del país residía ya en localidades consideradas como urbanas, una tendencia que continuó en ascenso en las décadas siguientes. Uno de los casos más importantes de concentración poblacional fue el de la Ciudad de México, que pasó de tener 1,448,000 habitantes en 1940, a poco más de tres millones a inicios de 1950.<sup>8</sup>

El aumento de población urbana brindó potenciales aficionados al fútbol, pero fueron las condiciones específicas de la liga profesional, creada en 1943, las que permitieron captar una proporción de esa nueva masa de consumidores de actividades de ocio. Desde la década de 1930 el balompié de la Ciudad de México vivió una suerte de semi-profesionalismo, que incluyó, además del pago disfrazado a jugadores —marronismo—, el cobro de taquilla, la presencia de patrocinadores e incluso a equipos foráneos invitados, como la famosa Selección Jalisco.<sup>9</sup> La formalización del torneo profesional, sin embargo, nació con una proyección nacional que permitió al fútbol ser competitivo frente a otros espectáculos.<sup>10</sup>

No es extraño que en los primeros años del profesionalismo los equipos participantes tuvieran sus sedes en sitios como Orizaba, León, Puebla, Ve-

<sup>3</sup> Esparza, *Nacionalización*, 2014, pp. 16-36 y 406-410.

<sup>4</sup> Navarro, *Españoles*, 2017, pp. 58-92.

<sup>5</sup> Elías y Dunning, *Deporte*, 1992.

<sup>6</sup> De acuerdo con el diario *Esto*, a mediados de los años cuarenta tan solo los torneos formales agrupaban aproximadamente a cien mil niños y jóvenes de todo el país, esto sin contar los millares más que lo practicaban de manera informal. *Esto*, 4 de marzo de 1945, p. 3.

<sup>7</sup> México superó rápidamente el impacto de la crisis de 1929 y a partir de 1932 inició un importante crecimiento de las actividades industriales. Cárdenas, *Industrialización*, 1987, pp. 32-46.

<sup>8</sup> Cfr. *Sexto Censo General de Población*, p. 11 y *Séptimo Censo General de Población*, Cuadro 2. A

<sup>9</sup> Existen diversos trabajos, principalmente periodísticos sobre el periodo. Como investigación histórica destaca Navarro, *Españoles*, 2017.

<sup>10</sup> La historiografía tradicionalmente señala como la causa principal del nacimiento de un campeonato profesional el sisma entre la Federación Mexicana de Fútbol y la dirigencia de la liga de la Ciudad de México. Si bien, fue un factor que tuvo un peso relativo, realmente las condiciones contextuales hacían prácticamente inevitable el paso hacia el profesionalismo, que permitió, entre otras cosas, la importación de un número de futbolistas extranjeros. Sobre el conflicto federativo: Calderón, *Amor*, 1998.

racruz, Guadalajara, Ciudad de México y Monterrey. Todas eran urbes que fueron impactadas favorablemente por la industrialización, por el desarrollo del mercado interno y del sector exportador. Además de incorporar a los principales nodos económicos del país, el amalgamamiento de los diversos escenarios futbolísticos fue notable para el éxito de la Liga, gracias al fenómeno de migración interna. Uno de los casos emblemáticos fue el del Guadalajara, equipo conformado desde sus inicios en el profesionalismo exclusivamente por jugadores mexicanos y con el que, de acuerdo con las crónicas periodísticas, se identificaban mayoritariamente los aficionados que habían emigrado a la Ciudad de México. Como destacaban los redactores de *Esto*:

El Guadalajara, como todos los equipos tapatíos, tiene la virtud de atraer a la parroquia porque la parroquia cuenta con innumerables tapatíos, y con incontables provincianos, quienes, aunque no sean de Jalisco, ven en los equipos de Jalisco el espíritu aguerrido de la provincia y su gesto gallardo al co-dearse con la crema del deporte capitalino.<sup>11</sup>

Hay que tener en cuenta que en el año 1940 más de la mitad de la población del Distrito Federal había nacido en otras entidades y que Jalisco representó en el imaginario una suerte de condensador de los valores atribuidos a la provincia y a una mexicanidad de nostalgia rural, tal como lo explotó otra industria pujante: el cine.<sup>12</sup> En este sentido, el balompié profesional favoreció no solo la integración de diversas regiones del país, sino también la de los inmigrantes internos a la sociedad capitalina. Más allá de las rivalidades y afinidades con los diversos equipos, los aficionados se reconocían como partícipes de un mismo ritual comunitario en el que incluso los nuevos llegados tenían representación.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> “Goleada al Guadalajara”, en *Esto*, 17 de agosto de 1943, pp. 25-27.

<sup>12</sup> Sobre los estereotipos nacionales: Pérez, *Avatares*, 2000. Precisamente sobre la construcción del Guadalajara como referente de la mexicanidad futbolística, Fabregas realizó una investigación antropológica que se convirtió en un clásico: *Fábregas, Sagrado*, 2001.

<sup>13</sup> Sobre el fútbol como “ritual comunitario”, que he desarrollado en otros trabajos, véase: Villena, “Fútbol”, 2003, pp. 21-25.

A esto contribuyó, además, una cobertura mediática que fortaleció la idea del “torneo nacional”. Diarios capitalinos como *Esto*, *La Prensa* y *La Afición* no solo dedicaron buena parte de sus espacios editoriales al balompié, sino que además tuvieron corresponsalías y enviados especiales para realizar la cobertura semanal en todos los escenarios del país, prácticamente desde el primer juego. Y no fueron un caso aislado, por lo menos *El Informador* de Guadalajara contó con una corresponsalía permanente que cubrió las visitas de los equipos tapatíos a Ciudad de México. El torneo llamó la atención incluso de medios de ciudades que no contaron en esos primeros años con equipos participantes, como *El Siglo de Torreón*, que cubrió los juegos profesionales. Por su parte, cadenas como Radio Continental transmitían los partidos, que eran seguidos más allá de la capital del país, rivalizando con los juegos de beisbol. Sobre el interés en las transmisiones, *La Prensa* hacía comentarios como el siguiente: “Los aficionados tapatíos sufren empacho de ondas. Como los dos equipos de Guadalajara jugaron el domingo fuera de su casa, los receptores se han quedado roncós y los aficionados sordos”.<sup>14</sup>

Si bien hay una carencia de estudios cuantitativos sobre la rentabilidad del fútbol como deporte-espectáculo, hay indicios de que por lo menos en los primeros años fue un negocio redituable. Así lo sugiere, por ejemplo, el involucramiento del sector empresarial, no solo a través de patrocinios, sino en la gestión directa de equipos. Uno de los casos más notorios fue el de la Cervecería Moctezuma que contó, desde la primera temporada, con un equipo representando a su sede de Orizaba. Pero no fue el único: en sus crónicas sobre la Ciudad de México de los años 1940, Salvador Novo dejó algunos testimonios de la manera en la que los directivos de los clubes no solo se codeaban con la crema y nata capitalina, sino que formaban parte de esta.<sup>15</sup>

<sup>14</sup> “Indiscreciones de D’Artagnan”, en *La Prensa*, 14 de marzo de 1944, p. 18. Radio Continental transmitía en exclusiva los partidos. Véase *El Nacional*, 18 de febrero de 1944, segunda sección, p. 3.

<sup>15</sup> Era el caso, por ejemplo, de César Martino, directivo del América, gerente del Banco Nacional de Crédito Agrícola y exdiputado federal; o del general Núñez, presidente del Atlante y jefe del Estado de Mayor de Cárdenas. Para un panorama general de



El éxito del balompié profesional se manifestó en los llenos totales en la mayor parte de los partidos. En la capital del país un tema de debate constante fue la necesidad de construir un estadio con capacidad para albergar entre cincuenta mil y sesenta mil aficionados, es decir, poco más del doble del Parque Asturias. De acuerdo con los propios cálculos de los periodistas, la rentabilidad estaba plenamente garantizada. Un partido de fútbol podía llegar a recaudar hasta 46,000 pesos, que fue el caso del España-Atlante, pero con la ampliación se podría llegar hasta los 80,000 pesos por juego ¿Son altas o bajas estas cifras? Un simple ejercicio nos permite tener una perspectiva. En esos mismos días, febrero de 1944, la Lotería Nacional organizó un sorteo en el que el premio principal fue de 15,000 pesos; a su vez, la recompensa de una carrera estelar en el hipódromo para un caballo ganador era de 4,500 pesos, y una “finísima” recámara de ocho piezas, construida en encino americano, tenía un valor de 1,085 pesos. En el Palacio de Hierro, por su parte, se vendía un traje fino de tres piezas, de casimir semiliviano, pura lana y forros de seda en 130 pesos.<sup>16</sup> Es decir, efectivamente 46,000 pesos por un solo partido de fútbol era una cantidad importante, más aun si se considera que durante sus dos primeras temporadas profesionales la Liga fue eximida del pago de impuestos.<sup>17</sup>

Dos factores contribuyeron a la rentabilidad del balompié profesional: su accesibilidad y que aumentó su atractivo frente a otros espectáculos y deportes. Una entrada de sol general para un partido tenía un costo de 1.25 pesos; una de preferente en las cabeceras de 2.50 pesos; sombra general 3 pesos y los numerados entre 3.50 y 4 pesos. Estos precios eran competitivos frente a los de otras actividades de entretenimiento; por ejemplo, una entrada a cines como el Alameda o el Olimpia para ver el estreno de *La mujer sin alma* con María Félix, tenía un costo de

tres pesos hasta antes de las siete de la noche y de cuatro para las funciones nocturnas, mientras que en el Teatro Metropolitano, el Magerit y el Savoy el boleto valía dos pesos. La diferencia estaba en que los cinemas no distinguían entre el público adulto y el infantil, mientras que el fútbol sí: los niños de hasta doce años pagaban solamente veinticinco centavos en sol general, cincuenta en preferente y setenta y cinco en sombra. Esta última condición permitió que para muchas familias fuera más costoso acudir al estadio.

Desde comienzos de la década de 1940 se implementaron los partidos nocturnos en la capital del país, gracias a la electrificación del Parque Asturias. Esta innovación facilitó que el fútbol se incorporara plenamente a la oferta de espectáculos como el teatro, los cabarets, el cine y los salones de baile, no siempre como competencia de estos, sino también como complemento: un partido de fútbol podía ser el comienzo de una velada. Si la luz artificial abrió la puerta al balompié de la intensa vida nocturna de la capital del país, otras circunstancias del contexto de la época le permitieron, por primera vez, rivalizar en popularidad con los dos deportes-espectáculo favoritos en el ámbito urbano: los toros y el beisbol.

A consecuencia de la Guerra Civil, se dio un rompimiento entre México y la España franquista, que alcanzó también al mundo de la tauromaquia: se suspendieron las giras de toreros mexicanos por plazas de la península, y las de diestros ibéricos en las mexicanas. Aunque eso provocó que se exaltara la mexicanidad del toreo, la realidad era que también le restó cierto atractivo a la disciplina, ante la imposibilidad del nacional de confrontarse con el “otro”, una condición indispensable para el éxito del deporte profesional. Algo similar ocurrió con el beisbol, que además de la división entre los dirigentes, sufrió la pérdida de peloteros estadounidenses por la Segunda Guerra Mundial, así como del referente de las Grandes Ligas del vecino país, pese a que se mantuvo una fuerte presencia de cubanos.<sup>18</sup>

Toros y beisbol siguieron teniendo una importancia fundamental, pero esas condiciones abrieron

la Ciudad de México en la época: Novo, *Vida*, 1994. Véase también Calderón, *Anecdotario*, 2006.

<sup>16</sup> Todas las cifras son retomadas de la publicidad de los diarios *Excelsior*, *El Nacional*, *El Universal* y *La Prensa* de febrero y marzo de 1944.

<sup>17</sup> El objetivo era que la Liga pudiera consolidarse financieramente, pero también involucrar a la iniciativa privada en la promoción del deporte entre jóvenes y niños. Este último era el argumento que legitimó la medida gubernamental.

<sup>18</sup> Sobre los toros: González, “Hispanismo”, s/f. Tras la guerra, el beisbol recobró su protagonismo: Klein, “Baseball”, 1994, pp. 33-56.

un espacio que aprovechó el balompié profesional, a partir de la capacidad de los clubes para llevar a cabo la importación y reimportación de jugadores extranjeros.<sup>19</sup> El primer torneo profesional de fútbol arrancó con aproximadamente medio centenar de jugadores foráneos procedentes de siete países: España, Argentina, Uruguay, Costa Rica, Cuba, El Salvador y Perú. La mayor parte de los deportistas inmigrantes tenía experiencia en ligas profesionales, lo que favoreció notablemente el espectáculo y aumentó la competencia interna. No es extraño que el segundo campeonato mexicano iniciara con casi noventa futbolistas foráneos. Aunque el elevado número de extranjeros pronto generó tensiones, lo cierto es que su presencia en esos primeros torneos fue un imán para las taquillas.<sup>20</sup>

#### CLASES MEDIAS, ESPECTÁCULOS Y MORALIDAD

El crecimiento económico y el cambio demográfico trajeron consigo una reconfiguración de la composición de la población urbana. La industrialización repercutió en el incremento del número de obreros, pero también en la expansión de trabajadores del sector servicios: burócratas, maestros, profesionistas, comerciantes, empleados de la banca, etcéte-

ra. A estos últimos grupos se les identificó, desde la prensa y desde el propio gobierno, como integrantes de la clase media. Una de las preocupaciones de la administración de Manuel Ávila Camacho fue tratar de abrirle espacios para incorporarla al partido de Estado. El modelo corporativo del Partido de la Revolución Mexicana (PRM), diseñado por Lázaro Cárdenas, contempló la creación de dos centrales —la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM) y la Confederación Nacional Campesina (CNC)— para controlar e integrar a obreros y campesinos, y sobre ellas se montó la estructura partidista. Frente a una nueva realidad, Ávila Camacho promovió la formación de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), para agrupar formalmente a los grupos de clase media, a los que en el esquema anterior se les denominó ambiguamente como parte del sector popular.<sup>21</sup>

Más allá de la cuestión del control político, toda vez que muchos de estos grupos nutrieron las filas de la oposición, el interés del gobierno avilacamachista por las clases medias obedeció a que estas encarnaban en el imaginario los valores deseados para el México que emergía de la Segunda Guerra Mundial. Como ha señalado Soledad Loaeza en un estudio clásico sobre el tema, eran las “clases modernas”.<sup>22</sup> El ingreso económico por sí mismo no fue una determinante para la clasificación dentro de esta categoría. Así lo señala reiteradamente la prensa de la época, al advertir que había obreros calificados que podían tener salarios superiores a los de un empleado federal o un profesionista, pero pese a ello los primeros no eran considerados parte de las clases medias, si no compartían los códigos sociales que éstas representaban.<sup>23</sup> En un artículo publicado por *El Informador* de Guadalajara y por *El Siglo de Torreón*, Rubén Salazar Müllen señalaba al respecto:

Los trabajadores, los por antonomasia llamados así, aunque entre la ‘clase media’ hay tantos trabajado-

<sup>19</sup> Tradicionalmente se ha destacado la presencia de futbolistas españoles que arribaron al país durante la Guerra Civil a mediados de la década de 1930, en las giras de propaganda contra el fascismo que realizaron la Selección Vasca y el Barcelona, en canchas mexicanas y de otros países como Cuba, Argentina, Chile y Estados Unidos. Si bien un contingente importante de estos deportistas —principalmente los vascos— decidieron inmigrar permanentemente a México, ante las dificultades de regresar a Europa, otros estuvieron de manera itinerante. Fue el caso, por ejemplo, de dos de las estrellas del Barcelona: el goleador Isidro Lángara y el portero Gregorio Blasco. Ambos se instalaron inicialmente en México, pero los dos se trasladaron para jugar en el fútbol profesional de Argentina, el primero con el San Lorenzo y el segundo con el River Plate. Aunque Blasco estuvo poco tiempo, Lángara no volvió a México hasta el inicio de la liga profesional, en la que se alzó como campeón goleador y se convirtió en una de las máximas figuras.

<sup>20</sup> La inmigración de futbolistas fue consecuencia de lo atractivo de los sueldos mexicanos. Las tensiones no solo se generaron entre los clubes mexicanos —los de menor poder adquisitivo intentaron limitar la importación—, sino también con la Asociación Argentina de Fútbol, de cuya liga procedía un número significativo de deportistas. Carrillo, “Fútbol”, 2016, pp. 50-67.

<sup>21</sup> Como señala Rogelio Hernández, el sector popular “se convirtió en sinónimo de clase media”. Hernández, *Historia*, 2016, p. 77.

<sup>22</sup> Loaeza, *Clases*, 1998.

<sup>23</sup> Esta situación es coincidente con lo que advierte Adamovsky para Argentina. Véase Adamovsky, *Historia*, 2009, p. 11.

res como hombres, consiguen aumentos constantes en sus ingresos... Si muchos 'trabajadores' siguen viviendo en pocilgas y viviendo descuidadamente y alimentándose mal, se debe a que no saben emplear su dinero, a que la falta de hábito, o el exceso o la carencia de educación les impide acudir a sus satisfacciones. En cambio, la 'clase media' esa sí sabría vivir, [si] le dejaran, [pero] no ve crecer sus ingresos.<sup>24</sup>

Loeza menciona entre los rasgos distintivos de las clases medias el trabajo no manual, el medio urbano y la educación "[...] en la medida que es su fuente de prestigio y fundamento de diferenciación social, también es un valor que las define en relación con los otros grupos sociales".<sup>25</sup> Si bien, en ellas había una ponderación de la meritocracia y del esfuerzo individual, se les atribuía tener como eje de su identidad colectiva la familia, entendida esta en la idealización de una forma tradicional: padre, madre, hijos, abuelos y una extensa parentela. Este último punto, el eje familiar, fue sumamente importante, en tanto empataba con valores morales, de orientación claramente católica, que se buscaron fomentar desde el Estado para mantener la cohesión en una sociedad en acelerado proceso de transformación.<sup>26</sup>

Como advertía en un texto de enero de 1944 el periodista e historiador José C. Valdés el concepto de "hogar", que debía ser "base de la patria", solo era posible para las familias pertenecientes a las clases media y alta, ya que las preocupaciones de las clases bajas estaban limitadas por su propia necesidad de subsistencia.<sup>27</sup> De cara al mundo de la posguerra, este sector medio fue considerado como garante de la unidad nacional, frente a la "amenaza" del comunismo, contrario a los valores del catolicismo, pero también del capitalismo. Así, se señaló, por ejemplo, en las páginas de *El Siglo de Torreón*:

[...] la clase media, justamente por su preparación y por experiencia, no transige con el comunismo ni

<sup>24</sup> García Naranjo, "Panorámicas", en *El Informador*, 27 de diciembre de 1944, p. 3.

<sup>25</sup> Loeza, *Clases*, 1988, pp. 31-32.

<sup>26</sup> El auge de este ideario se dio a partir de la década de 1950, con el involucramiento directo del alto clero católico. Véase: Pérez, "Censura", 2011, y Villar, *Construcción*, 2016, pp. 117-130.

<sup>27</sup> Valdés, "Nueva vivienda", en *El Siglo de Torreón*, 20 de enero de 1944, p. 4.

cree en él. Antes, al contrario, ahí reside la oposición más seria al comunismo, pues la burguesía, la clase capitalista, ignorante y alegre por lo común y además, embotada por el engreimiento y el confort no sabe ni quiere combatir, no presenta resistencia a la amenaza comunista.<sup>28</sup>

Esta atención en el nuevo rol que se esperaba de las emergentes clases medias coincidió con un interés estatal por impulsar campañas de moralización. Como señala Gabriela Pulido, frente al crecimiento exponencial de las ciudades, desde la prensa, el gobierno y la Iglesia Católica se promovió la configuración de "parámetros del comportamiento social a través de un catálogo del deber ser urbano";<sup>29</sup> este catálogo estuvo integrado por los valores que se atribuían al ideal de familia de clase media. Uno de los focos de las campañas de moralización, que constituyeron una política higienista, fueron las actividades y espacios de entretenimiento, no solo para atacar vicios sociales, sino también para promover un código de conducta. El escritor Joaquín Arderius, exiliado español republicano, reflexionaba así a mediados de 1943 sobre las posibilidades del espectáculo, en particular del teatro, para promover una nueva forma de civismo:

Contra la opinión de muchas gentes y también de algunos artistas de los que hacen obras teatrales, somos de opinión de que el teatro no remeda las costumbres de los pueblos, la [s] enseña. Sobre todo las costumbres de la clase media. Que en fin de cuentas es la que da el sello a un pueblo.<sup>30</sup>

En un encuentro que sostuvo ese mismo año con productores y directores de cine, el propio presidente Ávila Camacho lanzó una petición que fue recogida por *Esto*: "[...] que hiciesen obras de carácter esencialmente mexicano, con ineludible fondo moral. Es decir, el presidente recomendó que se hiciera del cine un arte con una misión: la de educar al

<sup>28</sup> Rubén Salazar, "La soviétización de México", en *El Siglo de Torreón*, 13 de noviembre de 1944, p. 4.

<sup>29</sup> Pulido, *Mapa*, 2016, p. 18.

<sup>30</sup> Arderius, "El Teatro", en *El Siglo de Torreón*, 22 de julio de 1943, p. 4.



pueblo”.<sup>31</sup> El deporte se vio inmerso en esta lógica de moralización. Si bien, promover la actividad física fue, como señala Alabarces, una “preocupación higienista del Estado”<sup>32</sup> desde el fin de la etapa armada de la Revolución, la reconfiguración del deporte como espectáculo de alta demanda apuntaló la atención gubernamental, para hacer de este un catalizador de una conducta deseable para el nuevo México de rostro urbano e industrial. En una entrevista concedida a *Esto* en marzo de 1944, Jaime Torres Bodet, secretario de Educación, destacó la importancia de los deportes y de la actividad física en general para la convivencia social:

Un cuerpo sano constituye una garantía constante de vigor y de resistencia para el trabajo, así como un factor de control para los complejos que suelen acumular en el alma todas las inferioridades de la materia y un permanente elemento de seguridad, de confianza y de dominio de sí mismo.<sup>33</sup>

¿Qué papel desempeñó el fútbol en todo este entramado?, ¿qué fue lo que ocurrió en el entorno del Atlante-España? y ¿hasta qué punto hubo una convergencia entre prensa, empresarios y autoridades para del fútbol un espectáculo de clases medias, con una vocación familiar?

#### EL “DEBER SER” EN EL FÚTBOL PROFESIONAL

El rápido despegue económico de la Liga profesional provocó que, con el mismo interés con el que se descifrabán y describían los estilos de juego, la prensa debatiera sobre los alcances sociales del fútbol. El hecho de que este estuviera exento de impuestos, al igual que otros deportes, establecía de manera irrestricta —desde el punto de vista de algunos medios— una responsabilidad hacia la comunidad, que iba más allá del espectáculo. Resulta hasta cierto punto sintomático que las columnas deportivas de *Excelsior* y de *La Prensa*, dos diarios de información general, fueran

las más insistentes en esa temática, a diferencia de los periódicos de contenidos estrictamente deportivos, *Esto* y *La Afición*, para los que la cuestión fue de interés secundario. Para los redactores de los primeros, el balompié profesional tenía un potencial moralizador del que no se podía eximir y que, por el contrario, debía aprovechar.

Uno de sus focos de atención fue, de manera obvia, los futbolistas, a los que demandaban tomar consciencia de su papel de ídolos populares. La vigorosa afición que se desarrollaba particularmente entre niños y jóvenes hacía que los jugadores fueran referentes no solo deportivos, sino también sociales, por lo que se les pedía que se condujeran de manera ejemplar, por lo menos dentro de la cancha. Días antes del mencionado Atlante-España, se enfrentaron en la capital de Jalisco el Guadalajara y el América. Si bien, el partido fue trepidante de inicio a fin y terminó con un escandaloso 7-2 a favor de los visitantes, lo más notorio fue el zafarrancho que protagonizaron los futbolistas de ambos equipos. Los periódicos no dudaron en calificar el episodio como “vergonzoso” y de “juego sucio”. Los dos equipos participaron en la trifulca, pero *La Prensa* dirigió sus baterías contra el Guadalajara, con argumentos que evidencian la responsabilidad cívica que se buscaba inculcar al balompié profesional: “¡Un equipo que debería dar el ejemplo!, ¡Porque es el único íntegramente mexicano!”<sup>34</sup>

Las riñas entre jugadores fueron una constante prácticamente desde la aparición del fútbol en México. En una de las primeras notas de prensa sobre un partido, fechada en Pachuca en mayo de 1899, se da cuenta de que el encuentro entre las escuadras de Mina La Rosita y Mina La Joya terminó en una pelea entre los futbolistas.<sup>35</sup> Durante los años de 1920 y 1930 las broncas entre jugadores con la participación de aficionados fueron una estampa cotidiana en los torneos de la Ciudad de México, sobre todo en los partidos con mayor rivalidad, como los que enfrentaban a los clubes de las colonia española con

<sup>31</sup> *Esto*, 12 de diciembre de 1943, 2.ª sección, p. 1.

<sup>32</sup> Alabarces, *Historia*, 2018, p. 153.

<sup>33</sup> “Impulso a la educación física”, en *Esto*, 8 de marzo de 1944, p. 5.

<sup>34</sup> “¿Habrà paz en el Parque Asturias?”, en *La Prensa*, 22 de febrero de 1944, p. 18.

<sup>35</sup> Existe un debate en torno a este partido, ya que algunos lo consideran la prueba de que Pachuca sería la “Cuna del fútbol mexicano”. Al respecto: Esparza, *Historia*, 2017, pp. 50-53.

los populares Atlante o Necaxa.<sup>36</sup> De ahí que, precisamente la prensa identificara este comportamiento como una herencia negativa del amateurismo que debía ser desterrada con la profesionalización del balompié.

El futbolista era visto como un sujeto privilegiado, que encarnaba el ascenso social a partir del talento individual, sí, pero también del trabajo en equipo y el esfuerzo cotidiano y permanente. Estos eran valores asociados con la pujante clase media, que creció de la mano de la industrialización y la expansión urbana. La mayor parte de los jugadores profesionales tenía un origen humilde, por eso el énfasis en su responsabilidad como modelos a seguir, en una sociedad que enfrentaba una transformación profunda. Una forma común en la prensa para criticar una baja de juego o para subrayar las altas expectativas sobre un debutante era advertir que el futbolista en cuestión no debía olvidar de “donde venía”; más que ensalzar un orgullo por el origen popular, en cierto modo era una manera de reiterar que de no mantenerse fiel a la cultura del esfuerzo cotidiano, el jugador podía retornar al campo, al taller o la fábrica, los espacios que había dejado atrás gracias a su talento.

El arquetipo del futbolista ideal en los primeros años del profesionalismo fue, sin lugar a duda, uno de los protagonistas del Atlante-España, el delantero Horacio Casarín, que jugaba para los primeros. Hijo de una familia de buena posición —su padre fue un general formado en el Colegio Militar que participó en la Revolución—, era el ídolo de un club que surgió de los barrios más humildes de la Ciudad de México y que era conocido precisamente como el “equipo del pueblo”.

En cierto modo, la figura de Casarín representaba una suerte de sincretismo entre el balompié de élite y el balompié popular. Las crónicas destacaban, una y otra vez, la “elegancia” de su juego y el entusiasmo que generaba, por igual, en las tribunas de sol y de sombra. Fue tal el arrastre de Casarín, que en 1944 —mientras se celebraba la primera temporada de la liga profesional—, participó en la cinta *Los hijos de don Venancio*, protagonizada por

Joaquín Pardavé, en donde se interpretó a sí mismo, como el hijo futbolista de un tendero. En la cinta la pasión por el balompié empataba y era complementaria con el amor a la familia. En la vida real, Casarín se casó a comienzos de los años cuarenta, en una sonada boda, con una aficionada al fútbol, a la que conoció en los entrenamientos del Atlante. Era la constatación del posible y deseable binomio deporte-familia.

Además de la atención a la responsabilidad social de los jugadores, tanto en *Excelsior* como en *La Prensa* fue constante la preocupación por definir un “deber ser” de los aficionados, que correspondiera a la etapa del profesionalismo y que encajara con las nuevas formas de sociabilidad que se construían en el México urbano que emergía de la industrialización. La definición de ese arquetipo se realizó a partir de la confrontación con un “no deber ser”. Precisamente el entorno del Atlante-España brinda una ventana para intentar desarrollar esta idea. Tal como lo demandaban para los jugadores, los redactores de periódicos exigían que los aficionados del balompié se desprendieran de los vicios de la etapa del amateurismo.

En las semanas previas al Atlante-España, se enfrentaron el Asturias y la veracruzana Asociación Deportiva Orizabeña (ADO) en la capital del país. El partido, que parecía de mero trámite, ya que no había antecedentes de rivalidad entre las escuadras, vivió una serie de episodios que fueron condenados por los periodistas y que fueron una calca de incidentes frecuentes en los juegos del periodo amateur. Hubo invasiones al campo de juego, fueron retenidos un par de balones que tuvieron la mala fortuna de llegar al graderío y se realizaron diversas hogueras en las tribunas, una “costumbre” que no se había podido erradicar, pese a sus oscuros precedentes: en 1939 un incendio provocado por aficionados consumió la totalidad del parque.<sup>37</sup> Los sucesos del Asturias-ADO dieron la pauta para que desde las planas

<sup>36</sup> Navarro, *Espanoles*, 2017, pp. 58-66 y 90-96.

<sup>37</sup> El incendio ocurrió en un partido entre el Necaxa y el Asturias, en el que se definía el campeonato amateur del Distrito Federal. Tradicionalmente se marca este incidente como el fin de los estadios de madera y el inicio de los de concreto. Efraín Navarro ha destacado que ese episodio se dio en un contexto marcado por un ambiente de hispanofobia. Sobre el incendio: Calderón, *Amor*, 1998, pp. 40-41 y Navarro, *Espanoles*, 2017, pp. 101-122.

de los periódicos se exigiera tomar previsiones de cara a un juego con las características del Atlante-España, para evitar una nueva “catástrofe” y para beneficiar el espectáculo en el corto, mediano y largo plazo: “si jugadores, aficionados y autoridades toman medidas enérgicas, se habrán terminado el peligro y el reinado de los vándalos”.<sup>38</sup>

Si bien la cercanía del partido en cuestión hizo que los llamados mediáticos se intensificaran, la preocupación por el comportamiento del público era permanente y compartida, además, por la Liga. En la publicidad en la que se anunciaban los boletos para los juegos de Ciudad de México, se advertía que las personas que aventaran objetos o invadieran la cancha serían consignadas ante las autoridades. En Guadalajara también la cartelera de los partidos contenía una leyenda, solo que en esta se apelaba a la civilidad a partir del orgullo regional: “se suplica al público que guarde las debidas atenciones al equipo visitante y al árbitro, demostrando la cultura deportiva de Jalisco”.<sup>39</sup>

La definición de la antítesis del aficionado ideal, aquel que encarnaba el “no deber ser”, era bastante clara a ojos de los redactores de *Excelsior* y *La Prensa*: el lépero. “Salvajes” y “vándalos” fueron dos adjetivos que acompañaron, casi sin excepción, cualquier referencia a estos. Aunque en muchas ocasiones se consideraba que eran los léperos los que provocaban los “portazos”, para ingresar sin pagar a los juegos, también se denominaba así a quienes tenían capacidad económica de adquirir un boleto, dada la accesibilidad de estos, pero provocaban actos de vandalismo durante los juegos. Es decir, si bien se trata de una categoría que desde el siglo XIX se identificó con los sectores más bajos de las clases populares —vagos e indigentes—,<sup>40</sup> la acepción que se le dio tenía más que ver con un tipo de comportamiento social, que con una determinante económica.

El lépero, cuya presencia era más notoria en las tribunas de sol, pero también podía aparecer en

las de sombra, no solo era la antítesis del aficionado ideal, sino la encarnación de un mal mexicano, de un “hombre indigno”. Era un personaje del pasado, que no debía tener cabida ya en el México que caminaba hacia la modernidad. De cara al Atlante-España, *La Prensa* publicó un llamado, en un espacio estelar de su página deportiva y con una tipografía especial, en el que señalaba que comportarse de manera ejemplar no solo era una obligación de un amante del deporte, sino un deber patriótico:

Aficionado: Por mexicano y por deportista, tienes derecho al entusiasmo; pero tienes obligación a la cordura. El que roba balones, el que asalta la cancha, el que lanza objetos ardiendo, el que tira botellas, el que intenta incendiar, el que rompe y destruye, será un lépero, un bárbaro, un ratero o un criminal; pero no será nunca un hombre digno. ¡Condúctete como hombre digno, COMO MEXICANO, y no toleres que los salvajes se extralimiten!<sup>41</sup>

Para los redactores de *La Prensa* era necesario que el deporte se convirtiera en una escuela de ciudadanía, aunque para poder lograrlo fuera necesario implementar medidas drásticas. En las semanas previas al Atlante-España llegó a plantear, incluso, la posibilidad de anular los juegos nocturnos, en los que parecía que era cuando se manifestaba el “instinto destructor” de los malos aficionados.<sup>42</sup> Como ha demostrado Gabriela Pulido, esta asociación entre la noche y la “maldad” motivó que durante la década de 1940 se desplegaran campañas en contra de los espectáculos nocturnos.<sup>43</sup> Aunque centra su estudio en cabarets, salones de baile y teatros, es interesante hacer notar que el fútbol no escapó de esa satanización. Sin llegar a ese extremo, los periodistas de *Excelsior* compartían la preocupación de sus colegas, de ahí que también demandaran a las autoridades que aplicaran mano dura en el balompié profesional:

Más efectivos que los gases lacrimógenos serían los claros chorros de agua fría que los bomberos lanza-

<sup>38</sup> “¿Habrá paz en el Parque Asturias?”, en *La Prensa*, 22 de febrero de 1944, p. 18.

<sup>39</sup> *El Informador*, 3 de marzo de 1944, p. 7.

<sup>40</sup> Una perspectiva global de carácter histórico en los trabajos incluidos en Falcón (coord.), *Culturas*, 2005.

<sup>41</sup> *La Prensa*, 24 de febrero de 1944, p. 21.

<sup>42</sup> “Escandalazo en el Parque Asturias”, en *La Prensa*, 18 de febrero de 1944, p. 21. En Guadalajara los partidos eran a mediodía.

<sup>43</sup> Pulido, *Mapa*, 2016.

ran sobre la masa de léperos que inexplicablemente destruye las graderías de un parque en el que presencia su deporte favorito. Porque esa gente no necesita llorar y, en cambio, un buen baño los pondría hasta de buen humor. Los robos de balones, además de que representan para el espectáculo una falta de seriedad, confirman que la misión educativa de la policía no será efectiva hasta que no usen, con entusiasmo, el garrote para el que lo merezca.<sup>44</sup>

Si bien más moderados en sus comentarios, los redactores de *Esto* coincidían en la necesidad de limpiar al fútbol profesional, real y metafóricamente, de elementos y prácticas indeseables: “el día que un oportuno chorro de agua caiga sobre el sector donde las pelotas hayan desaparecido por obra de un chistoso... ese día nadie dejará que uno o dos vives... (corten) el juego”.<sup>45</sup> La suciedad fue, en este sentido, la principal característica que se atribuyó al lépero. El mal aficionado era alguien que descuidaba su higiene, que literalmente “no se bañaba”. Por oposición, el “buen aficionado” era aquel que tenía un comportamiento ejemplar, a partir de brindarle atención a su imagen personal. Vale la pena recordar, en este sentido, que esa misma exigencia era extensible al futbolista profesional, que debía evitar el “juego sucio”.

La pulcritud fue una de las cualidades que servían como membresía para las clases medias. Como señalaba en una editorial *El Informador* de Guadalajara, el sujeto que se identificaba como parte de este pujante sector “se ve obligado a guardar cierto decoro social en el vestir y en el gastar por las mismas condiciones del trabajo que atiende”.<sup>46</sup> La higiene y los buenos modales, en este caso el comportamiento correcto y el respeto a las normas, eran las cualidades inexcusables para el mexicano de clase media. La pertenencia a esta, era acorde al seguimiento de un código de conductas sociales, antes que a una determinante de ingreso económico. Era el reflejo más nítido de su educación que, recordando a Loaeza, era el valor más apreciado por las clases medias. Aunque era innegable que la popularidad del balompié lo vol-

vía un deporte sumamente democrático, desde los medios era evidente que el aficionado ideal era aquel que se ajustara a los códigos de comportamiento clasemedios. Así lo indicaba el propio *El Informador*, al reprobar que en las tribunas persistiera una tradición de aventar una especie de colorantes:

Falta de agua, falta de costumbre y más que todo, falta de tiempo, en nuestras clases obreras, pocos son los que toman más de un baño dominical y aprovechan también ese día para cambiarse ropa limpia. Pero si después de ese aseo en la mañana del domingo van a un partido de fútbol, todo saldrá sobrando, que de allí se irán más negros que un carbonero o rojos y amarillos como diablo de pastorela.<sup>47</sup>

Como señala Cueva, en *El perfil del hombre y la cultura en México*, un libro publicado a mediados de 1930, Samuel Ramos reflexionó sobre los vicios sociales que afectaban el carácter de lo mexicano y su esperanza de que la hasta entonces minoritaria clase media, los “nuevos criollos”, pudiera ocupar la centralidad social y desterrar el comportamiento errante y violento de los léperos.<sup>48</sup> En este sentido, el fútbol fue una extensión del campo social en el cual se buscó imponer una moralidad que permitiera construir un nuevo tipo de ciudadanía, pulcra no solo en su vestir, sino en su comportamiento.

Si bien, desde los medios se insistió en que era necesario que jugadores y público adoptaran un nuevo código de conducta frente al fútbol profesional, hubo una coincidencia generalizada: para formar una nueva afición era indispensable que también los empresarios dignificaran las condiciones para el espectáculo. *Esto*, *La Prensa*, *Excélsior* y *El Informador* de Guadalajara fueron insistentes en que no solo era factible edificar nuevos estadios, sino también acondicionar los existentes, dada la rentabilidad de la Liga y la exención en el pago de impuestos. Un espacio digno era una condición para hacer del balompié un espectáculo familiar.

<sup>44</sup> “Temas del día”, en *Excélsior*, 18 de febrero de 1944, p. 10.

<sup>45</sup> *Esto*, 24 de febrero de 1944, p. 3.

<sup>46</sup> *El Informador*, miércoles 28 de junio de 1944, p. 3.

<sup>47</sup> “Comentarios al día”, en *El Informador*, 25 de enero de 1944, p. 3.

<sup>48</sup> Cueva Perus, “Clase”, 2019, pp. 105-129.



## EL ATLANTE-ESPAÑA Y LOS LÍMITES DEL CONTROL SOCIAL

El Atlante-España se jugó la noche del 24 de febrero de 1944. Los organizadores decidieron reducir el número de boletos para ese partido: se dejaron de vender dos mil de las veinticinco mil localidades.<sup>49</sup> La medida, orientada a prevenir desmanes, no tuvo los resultados esperados. Mientras el árbitro daba el silbatazo inicial, aproximadamente cinco mil personas se agolparon queriendo ingresar por la fuerza, muchas de ellas con boleto en mano. Los granaderos de la policía y sus gases lacrimógenos fueron insuficientes para contener a la multitud. Al interior, la situación tampoco era sencilla: los bomberos no se daban abasto para intentar apagar las fogatas que se encendían en las tribunas de madera.

En el momento más álgido, gendarmes y “tragahumos” recibieron un refuerzo inesperado: un pelotón del ejército.<sup>50</sup> Pese a ello, los intentos de la muchedumbre por entrar al Parque no cesaron, sino que se intensificaron, acompañados por una lluvia de pedradas. Cuando los culetazos fueron insuficientes para amedrentar al público, varios de los soldados decidieron accionar sus armas. Al interior el partido continuó, no sin sobresaltos, pero al exterior estalló el caos. De acuerdo con los reportes, por lo menos cuatro heridos de bala ingresaron a hospitales, uno de ellos de gravedad; hubo incluso rumores de que había muertos. Varias personas más fueron atendidas por la Cruz Verde en las inmediaciones del estadio, por lesiones causadas en la refriega y en la estampida humana.

El 2 a 0 con el que el Club España derrotó al Atlante pasó a un segundo plano. En los días siguientes las ediciones de *Excelsior*, *La Prensa*, *Últimas Noticias de Excelsior*, *Esto* y *El Informador* de Guadalajara dieron cuenta puntual de lo sucedido en las inmediacio-

nes del estadio; la nota tuvo espacio en sus primeras planas.<sup>51</sup> Las autoridades deportivas y del Distrito Federal llevaron a cabo el deslinde de responsabilidades y el control de daños. El caso atrajo la atención del Departamento de Investigación Política y Social de la Secretaría de Gobernación (DPIS), que realizó una indagatoria sobre lo sucedido.<sup>52</sup> La imagen de soldados disparando contra civiles desarmados en la Ciudad de México era completamente inaudita, sobre todo cuando el país se encontraba en guerra con las potencias del Eje: Alemania, Italia y Japón.

Durante la semana posterior, las páginas de los periódicos se volvieron repositorios de información contradictoria, desmentidos inverosímiles y promesas azarosas de investigaciones hasta sus últimas consecuencias por parte de las autoridades. Las redacciones que antes pedían mano dura en el fútbol, ahora condenaban el tiroteo contra “aficionados”; la palabra “lépero” se esfumó de las rotativas. La atención apuntó hacia el general José Manuel Núñez Ochoa, jefe de la policía del Distrito Federal y presidente del Atlante, como el responsable de haber solicitado la presencia de las tropas.<sup>53</sup> Núñez no solo rechazó haber pedido el apoyo, sino que incluso negó categóricamente la presencia de soldados esa noche. Sus afirmaciones coincidieron con las del comandante de la I.ª Zona Militar, Rodrigo Moreno Quevedo, quien manifestó que era falso que elementos castrenses hubieran salido de los cuarteles para contener a los aficionados al fútbol.<sup>54</sup>

<sup>49</sup> Las fuentes no indican cuál fue el criterio de restricción, es decir, qué zonas del Parque Asturias fueron las perjudicadas por el recorte de boletos, pero creemos que se trató de las de más bajo precio —sol general y preferente (cabeceras)—, por dos motivos: la afectación económica a la taquilla era menor y se excluía al público que potencialmente encarnaba el “no deber ser”.

<sup>50</sup> Ninguna de las fuentes consultadas señala el número exacto de soldados, solamente se dice que fueron transportados en tres camiones.

<sup>51</sup> “Bárbaro tiroteo a los fanáticos al fútbol”, “Marea humana arrolladora”, “Fue baleado el público del fútbol. Cuatro heridos”, y “Cuatro heridos en el fútbol” fueron las cabezas de las notas que aparecieron, respectivamente, en *Excelsior*, *La Prensa*, *Últimas Noticias de Excelsior* y *El Informador* para dar cuenta del caos generado a las afueras del Parque Asturias. *Esto*, por su parte, destacó la intensidad del “peleadísimo” juego, pero también dio una cobertura detallada de los enfrentamientos en el exterior y reportó los heridos de bala. Aunque *El Universal* y el oficialista *El Nacional* publicaron notas sobre el partido, no hicieron mención alguna de lo que aconteció más allá de la cancha.

<sup>52</sup> AGN, Personal de la Secretaría de Gobernación, Generalidades, caja 88, exp. 9.

<sup>53</sup> En su primera plana del 26 de febrero, *La Prensa* publicó una foto de Núñez, acompañada por otras dos: una que muestra una de las bardas derribadas por la multitud y otra a policías en la refriega con aficionados. El encabezado fue contundente: “Fueron tropas del General Núñez las que cargaron en el fútbol”.

<sup>54</sup> Así respondieron *Excelsior* y *Últimas Noticias* con notas en sus primeras planas ante la versión oficial: “Veinte mil personas



Pese a la evidencia y al ruido en los medios en los días inmediatos, fueron notorios y efectivos los esfuerzos por darle carpetazo al asunto. Para las autoridades era un tema sumamente delicado que soldados de línea hubieran disparado contra civiles, justo cuando el país se encontraba en estado de excepción por la Guerra Mundial. Para la Liga tampoco era conveniente que el escándalo creciera y que pudiera repercutir en la taquilla, al generarse temor entre los aficionados por asistir al balompié. Las esperanzas de que una investigación oficial develara a la opinión pública qué fue lo que aconteció esa noche del Atlante-España, se dilapidaron muy pronto.<sup>55</sup>

Cuando todavía se debatía la responsabilidad de Núñez y la presencia de soldados, las baterías de los medios comenzaron a virar hacia otro lado. En una práctica que, en nuestros días ha sido denominada como “nado sincronizado”,<sup>56</sup> las columnas de *Excelsior* y *La Prensa* hicieron notar que gran parte de la responsabilidad de los enfrentamientos en las afueras del Atlante-España era de los propios clubes, en particular del Asturias, propietario del Parque, ya que éste no era digno ni tenía las condiciones para albergar un espectáculo como el fútbol profesional. El llamado a mejorar la infraestructura

---

vieron visiones; no hubo soldados” y “Una Escolta fantasma disparó contra los fanáticos. Los amantes del fútbol insisten en que fueron soldados de línea”. Desde Guadalajara, *El Informador* señaló, también con ironía, que, pese a la ausencia de soldados, lo cierto es que “[...] uno de los muertos y varios heridos recibieron balas de fusil mausser reglamentario”.

<sup>55</sup> Los agentes de la DPIS de la Secretaría de Gobernación realizaron una indagatoria, sin que trascendiera a los medios. Recogieron testimonios entre aficionados, comerciantes de la zona, vecinos, paramédicos de la Cruz Verde y directivos de la Liga. Los agentes confirmaron la presencia de tropas federales y que fueron algunos elementos de estas quienes dispararon a la multitud. No hay constancia de si hubo alguna orden de abrir fuego, o si fue producto del caos y la desesperación de los propios soldados, ante la imposibilidad de contener a la muchedumbre y la incapacidad de los mandos. El informe señala, además, que algunas de las descargas de fusilería fueron con cartuchos de salva, lo que explicaría que el número de heridos de bala fueran relativamente bajo: solo cuatro. AGN, Personal de la Secretaría de Gobernación, Generalidades, caja 88, exp. 9, f. 57

<sup>56</sup> El término se emplea cuando, de manera sospechosamente coincidente, diversas columnas de opinión buscan posicionar a un tema específico en la agenda pública. Se asume que detrás de la estrategia está alguna poderosa mano, como la del gobierno federal, pero también sindicatos y empresas.

y construir nuevos espacios tomó fuerza. Los sucesos del Atlante-España se convirtieron —en ojos de estos medios— en resultado de una responsabilidad compartida. Aficionados, jugadores, clubes y autoridades no estaban a la altura del fútbol profesional del nuevo México de rostro urbano. *La Prensa* sintetizó lo que, desde su perspectiva, permitiría una verdadera profesionalización:

Que se vendan menos localidades de las asignadas en cupo, que nos va pareciendo demasiado liberal. Que los aficionados se conduzcan como civilizados y como deportistas. Que si alguien se queda sin boleto, tenga la cordura de aguantarse y de regresar prometiéndose madrugar más otro día. Y que la fuerza pública no tire. A eso habrá que añadir, ya que estamos pidiendo súplicas de aficionado: que se luce con nobleza, que el Guadalajara no organice otro escandalito, que el juego y que gane el mejor.<sup>57</sup>

Esta declaración de principios se convertiría en una de las banderas de la campaña de moralización del fútbol profesional mexicano, enarbolada por *La Prensa* y otros medios, que en los años siguientes alentarían los debates sobre la reimplantación de los impuestos al fútbol, la restricción del número de jugadores extranjeros, pero, sobre todo, la de la necesidad de hacer del balompié un deporte que coincidiera con la construcción de un espectáculo para clases medias, de carácter familiar. Aunque el autoritarismo del régimen terminó por sepultar en el olvido los sucesos del Atlante-España, lo cierto es que esa noche se cruzó una línea: no se podía reprimir a los aficionados a un deporte, con la misma brutalidad con la que se hacía con sindicatos y opositores.

#### CONSIDERACIONES FINALES: FUTBOL, UNA PUERTA ABIERTA

La historiografía que estudia las prácticas deportivas en México, entre ellas el fútbol, se encuentra todavía en una etapa embrionaria. Si bien, existe un número importante de textos con enfoque perio-

---

<sup>57</sup> “Mañana otro entradón en el parque”, en *La Prensa*, 1 de marzo de 1944, p. 21.

dístico que aportan valiosos datos, son escasos los estudios de corte académico que analicen las implicaciones sociales, políticas y económicas del deporte en nuestro país antes de la década de 1990. Frente a ese panorama, destacan los recientes trabajos de Efraín Navarro que han arrojado nuevas luces para entender la dimensión social del balompié en la Ciudad de México durante la primera mitad del siglo xx, a partir de la inmigración de españoles. Sus aportaciones se suman a las de Miguel Esparza, que ha estudiado el proceso de popularización de otros deportes en ese mismo periodo, considerando también el papel de las comunidades de inmigrantes.

En el caso del fútbol, el tránsito del amateurismo al profesionalismo en la década de 1940 sigue siendo, sin embargo, un tema muy poco o casi nada explorado por los historiadores, ¿qué continuidades implicó el proceso y cuáles fueron sus puntos de ruptura?, ¿cuáles fueron sus implicaciones nacionales?, ¿qué similitudes y qué particularidades presentó el proceso mexicano frente a otros en América Latina y en el mundo? Son preguntas que siguen en espera de respuesta y que son relevantes, en tanto permitan entender las condiciones que favorecieron la consolidación del balompié profesional como un espectáculo de masas, que alcanzó una enorme influencia en la vida política, económica, social y cultural del México de la segunda parte del siglo xx.

El trabajo que aquí se presenta busca aportar elementos para reflexionar sobre uno de los aspectos de este tránsito: la configuración de un tipo de aficionado ideal para la nueva etapa profesional del balompié. Al reparar en las condiciones contextuales, encontramos que varios de sus atributos correspondían, o coincidían, con características con las que se identificaba a la clase media, un sector en ascenso como consecuencia de la acelerada industrialización, que favoreció una reconcentración poblacional en las ciudades. Desde la perspectiva de los códigos de conducta social, de lo moralmente deseable, sostenemos que el fútbol profesional aspiró a convertirse en un espectáculo para el consumo de las clases medias, a partir de un empate entre valores de higiene social, unidad familiar y nacionalismo.

Creemos que, aun con sus carencias, el presente ejercicio puede contribuir historiográficamente a repensar la categoría de clases medias para el siglo xx

mexicano, toda vez que analiza un periodo, los años 1940, en los que se produce una reconfiguración de la dinámica social en ámbitos urbanos, como consecuencia de un acelerado cambio demográfico producido por el proceso de industrialización. Asimismo, el texto busca aportar nuevos elementos a los estudios sobre deporte en México. A diferencia de una historiografía localista, que ve una mera continuidad entre la liga amateur de la capital del país y la liga profesional, se propuso que en realidad hubo una transformación que demandó no solo un nuevo tipo jugador, sino también de público para un espectáculo que se convirtió en una suerte de ritual comunitario con proyección nacional.<sup>58</sup>

Los alcances espaciales y temporales del presente texto son limitados, sin embargo, permite abrir nuevas interrogantes, la principal de ellas es si más allá de la coyuntura de 1940, prevaleció la simbiosis balompié-clases medias. Aunque es un tema por desarrollar, intuimos que no solo se mantuvo, sino que se vio consolidada a partir del arribo de las cámaras televisivas a los campos de juego, a mediados de los años cincuenta. Si bien, las respuestas las tendrán que brindar futuros trabajos, creemos que la televisión desempeñó un rol central en la difusión de una idea promovida por el régimen priista durante la segunda parte del siglo xx: que, pese a la predominancia de una profunda desigualdad, México se encaminaba a convertirse en un país mayoritariamente de clase media. ¿Qué papel desempeñó el fútbol-espectáculo en ese entramado narrativo? Es una interrogante que dejamos pendiente.

<sup>58</sup> Hay que recalcar el aspecto nacional, que fue el que llevó al balompié profesional a un nivel distinto. Ya no se trató de una mera actividad de ocio, sino de un punto de encuentro que congregó a la comunidad nacional. Sobre este tema y la idea de ritual comunitario existen importantes trabajos, sobre todo en América Latina. Destacan: Alabarces, *Fútbol*, 2007; Villena, "Fútbol", 2003; Dávila y Londoño, "Nación", 2003; Lacerda y Gonçalves, "Futebol", 2012.

## FUENTES

*Documentales*

Archivo General de la Nación (AGN).

*Hemerográficas*

*El Informador*, Guadalajara, 1944.

*El Nacional*, Ciudad de México, 1944.

*EL Siglo de Torreón*, Coahuila, 1943-1944.

*Esto*, Ciudad de México, 1944-1945.

*Excélsior*, Ciudad de México, 1944.

*La Afición*, Ciudad de México, 1994.

*La Prensa*, Ciudad de México, 1944.

*Últimas noticias de Excélsior*, Ciudad de México, 1994.

*Bibliográficas*

Adamovsky, Ezequiel, *Historia de la clase media Argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Buenos Aires: Editorial Planeta, 2009.

Alabarces, Pablo (comp.), *Fútbol y patria*, Buenos Aires: Prometeo Libros, 2007.

\_\_\_\_\_, *Historia mínima del Fútbol en América Latina*, México: El Colegio de México, 2018.

Beezley, William H., *Judas en el jockey club y otros episodios del México porfiriano*, México: El Colegio de San Luis/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2010. Calderón, Carlos, *Anecdotario del fútbol mexicano*, México: Ficticia, 2006.

\_\_\_\_\_, *Por amor a la camiseta (1933-1950)*, México: Clío, 1998.

Cárdenas, Enrique, *La industrialización mexicana durante la Gran Depresión*, México: El Colegio de México, 1987.

Carrillo, Veremundo, "Fútbol, nacionalismo y xenofobia en México", *Desacatos*, núm. 51, marzo-agosto, 2016.

Cuevas, Marcos, "Clase media, poder y mito en el México posrevolucionario: una exploración", en *Estudios Políticos*, núm. 20, época 9, septiembre-

diciembre 2019, México: Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Centro de Estudios Políticos, pp. 105-129.

Dávila, Andrés y Catalina Londoño, "La nación bajo un uniforme. Fútbol e identidad nacional en Colombia, 1985-2000", en Pablo Alabarces (comp.), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2003.

Elias, Norbert y Eric Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, México: Fondo de Cultura Económica, 1992.

Esparza, Miguel, *La nacionalización de los deportes en la Ciudad de México*, Tesis de Doctorado en Historia, Instituto Mora, 2014.

\_\_\_\_\_, *Historia e historiografía del fútbol mexicano: una revisión a sus orígenes, debates y controversias*, Moldova: Editorial Publicia, 2017.

Fábregas, Andrés, *Lo sagrado del rebaño. El fútbol como integrador de identidades*, Zapopan: El Colegio de Jalisco, 2001.

Falcón Romana (coord.), *Culturas de pobreza y resistencia: estudios de marginados, proscritos y descontentos. México, 1804-1910*, México: El Colegio de México/Universidad Autónoma de Querétaro, 2005.

González, David A., "Entre el hispanismo y la mestizofilia: la corrida de toros en México, 1887-1944", México: Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, inédito, s/f.

Hernández Rodríguez, Rogelio, *Historia Mínima del PRI*, México: El Colegio de México, 2016.

Klein, A., "Baseball Wars: The Mexican Baseball League and Nationalism in 1946", en *Studies in Latin American Popular Culture*, v. 13, 1994.

Lacerda Abrahão, Bruno Otávio de y Antonio Jorge Gonçalves Soares, "O futebol na construção da identidade nacional: uma análise sobre os jogos 'pretos x brancos'", en *Revista Brasileira de Educação Física e Esporte*, vol. 26, núm. 1, 2012.

Loeza, Soledad, *Clases medias y política en México. La querrela escolar, 1959-1963*, México: El Colegio de México, 1988.

- Navarro, Efraín Daniel, *Espanoles contra mexicanos en el futbol de la Ciudad de México*, Tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, 2017.
- Novo, Salvador, *La vida en México en el periodo presidencial de Ávila Camacho*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, 3 vols.
- Pérez Montfort, Ricardo, *Avatares del nacionalismo cultural. Cinco ensayos*, México: Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social, 2000.
- \_\_\_\_\_, "Circo, teatro y variedades en la Ciudad de México a fines del Porfiriato" en *Alteridades*, vol. 13, núm. 26, julio-diciembre de 2003.
- Pérez Rosales, Laura, "Censura y control. La Campaña Nacional de Moralización en los años 1950", *Historia y Grafía*, núm. 37, julio-diciembre de 2011, pp. 79-113.
- Pulido Llano, Gabriela, *El mapa 'rojo' del pecado. Miedo y vida nocturna en la ciudad de México 1940-1950*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2016.
- Villar García, María Gabriela, *La construcción social de la identidad colectiva mexicana representada a través del texto publicitario. Estudio de caso: la familia de clase media en el México de los años 50's a 60's*, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de México, 2016.
- Villena, Sergio, "El fútbol y las identidades. Prólogo a los estudios latinoamericanos", en Pablo Alabarces (comp.), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias, 2003.

